

Cuadernos del Sur

Número 15 ■ ABRIL de 1993

Tierra  fuego
del

El triunfo de Clinton y las relaciones argentino/norteamericanas

El triunfo demócrata en los EE.UU sacudió el entorno gubernamental argentino. Durante semanas los periódicos locales siguieron los vaivenes de la contienda electoral norteamericana y tejieron hipótesis acerca de las posibles alteraciones que un triunfo de Clinton acarrearía para nuestras “relaciones carnales” con EE.UU. Pero ¿en qué consistían estas relaciones? ¿se modificarán efectivamente, desde la perspectiva de Washington, con el triunfo demócrata?

El resultado electoral aparece como una reacción social frente a los doce años de “exceso conservador y capitalista” de la *reaganomics*¹. A pesar de la no-obligatoriedad del voto y de una marcada tradición abstencionista, esta elección contó con la mayor concurrencia de votantes desde 1972. El candidato demócrata obtuvo un 43% de los votos que, sin embargo, representan el 24% del electorado y ubica a Clinton en el tercer puesto en el orden de los presidentes menos votados de la historia de EE.UU., detrás de Wilson y Lincoln. Teniendo en cuenta estas cifras difícilmente pueda hablarse de un mandato popular. Sin embargo, el triunfo se sustentó en la construcción con éxito de un bloque electoral orientado hacia el cambio (evitando, al mismo tiempo, recurrir a una defensa explícita de intereses sectoriales). Un bloque electoral que abarcó al 62% de los hispanos, el 50% de los jóvenes, el 51% de los jubilados y, además, un importante porcentaje de demócratas conservadores que en las últimas elecciones habían votado a los republicanos.

En un contexto de crisis económica y extrema pluralidad de intereses sociales en pugna, presionado por el giro que Perot imprimió a la contienda electoral antes de retirarse, Clinton construyó la alianza aprovechando las expectativas de cambio presentes en sectores muy diversos y centrandó su discurso en cuestiones sociales y económicas internas a los EE.UU. Las propuestas programáticas concretas, sin embargo, tuvieron escasa presencia en su discurso. “Clinton acentuaría unos pocos principios fundamentales, prioridades que la gente y el Congreso de EE.UU pueden identificar sin reclamarlas más tarde como lo esencial de aquello para lo que había sido elegido”².

El nuevo Presidente asumirá, tras doce años de gestión republicana, en el contexto de una crisis económico-social cuya magnitud solamente podría compararse con la Gran Depresión del '29: caída generalizada de la productividad (aumento del 11% en los

últimos 20 años, contra un promedio del 71% dentro del 6.7); aumento de la capacidad ociosa del aparato industrial (alrededor del 25% en 1992) y obsolescencia en importantes ramas (automotriz, siderúrgica, textil, petroquímica); balances en rojo (los "tres grandes" de la automotriz: General Motors, Chrysler y Ford) y quiebras de empresas tradicionales (caso Pan Am en 1992, y otras 650.000 durante 1991); caída de los salarios (9% durante la década de 1980 y el 1% anual durante los años de Bush), concentración de las riquezas (el 1% de las familias pasó de apropiarse el 27% de las riquezas antes de Reagan al 37% de las mismas a fines de los '80) y reducción del salario social en salud, educación, jubilaciones; aumento de la desocupación (7,4% en 1992) y descalificación de la fuerza de trabajo (en particular, entre los inmigrantes, aunque existe un atraso general de la estructura educativa); especulación y aumento de la economía en negro (539.000 millones para 1992, el 10% del total del PBN) y aumento del déficit fiscal (330.000 millones en 1992).

La gestión Bush parece haber superado la recesión del período 1988-92: aumento del 3,8% en el PBN durante el cuarto trimestre de 1992, inflación de 2,8% para 1992 -la más baja desde 1986-, leve recuperación de la productividad del trabajo y de la actividad industrial. No obstante, la crisis económico-social que Clinton enfrenta trascienden los logros y los fracasos de la gestión republicana. Se trata, en primer lugar, de una crisis estructural de la economía que requiere una reconversión general y una reinserción de EE.UU en el mercado mundial a fin de recuperar su liderazgo económico. En segundo lugar, podemos hablar de una crisis que sin duda la gestión republicana profundizó, pero que remonta su origen, por lo menos, hasta la denominada "crisis energética" de 1973. No sólo el "capitalismo salvaje" del conservadurismo está en crisis en los EE.UU. - como pretenden quienes aspiran a "civilizarlo" - sino el capitalismo norteamericano de posguerra en general.

En el marco del proceso de regionalización económica, los EE.UU están obligados a fortalecer, de manera estratégicamente dirigida por el Estado, su deteriorada capacidad competitiva frente al Oriente y a la CEE (EE.UU. tuvo en 1992, por ejemplo, un déficit comercial de 42.000 millones con el Japón). Clinton propone, entonces, encarar un *affirmative government*, definido por Schlesinger como "una buena dosis de inversión gubernamental, de inversión pública, de apoyo público"³. El *affirmative government* parece reunir, según Thurow y Reich (asesores del Presidente) tres grandes grupos de medidas: intervención estatal para renovar infraestructura productiva obsoleta, inversión pública para aumentar la productividad, e intervención estatal para capacitar fuerza de trabajo. Reich propone así invertir 220.000 millones, en cuatro años, en el área de infraestructura y subvenciones para desarrollar nuevas tecnologías. Los recursos para llevar adelante estas medidas serían obtenidos, por un lado, de una reforma tributaria y una reducción de la endémica evasión impositiva, y por otro, de una reducción del gasto militar que implica tanto consecuencias sociales -desempleo- debido, a la importancia económica del complejo militar -industrial, como también interrogantes acerca de la continuidad de la hegemonía militar norteamericana. Pero los EEUU necesitan, además de reestructurar su economía en crisis, ampliar su espacio económico. Estos problemas, íntimamente relacionados, suscitaron respuestas desde dos ópticas políticas diferentes: una "internacionalista" versus una "aislacionista", centrada ésta

principalmente en la reactivación del mercado interno. La regionalización económica sería enfrentada por Clinton mediante la profundización de los acuerdos con Canadá y México. Desde este punto de vista, el NAFTA habría sido un intento de Bush de conciliar aquellas dos tendencias. El giro *affirmative* de Clinton quizás conduzca, en la política económica externa, a un mayor proteccionismo. Cualquier suerte de política aislacionista radical, empero, resulta completamente inviable para la economía norteamericana en el actual contexto de interdependencia productiva y globalización tecnológica y financiera ⁴.

La diferencia entre la *reaganomics* y la política económica perfilada por Clinton no parece asimilarse, entonces, a una diferencia entre mercado e intervencionismo estatal -y mucho menos aún a una diferencia entre mercado y *welfare state*. Por un lado, esa asimilación conduciría a una falsa imagen de la política republicana. El déficit presupuestario, la quiebra de las Cajas de Ahorro y el "lunes negro" de Octubre de 1987 en Wall Street ya habían suscitado enérgicas intervenciones estatales republicanas. Por otro lado, esa asimilación daría por resultado también una falsa imagen de la orientación política del nuevo equipo. Clinton es producto de un movimiento neoliberal, marcadamente pragmático, engendrado en el interior del partido demócrata, que adquirió hegemonía paulatinamente a partir del desastre electoral post-Carter de 1980 (Thurow, Reich, Peters) ⁵. La crisis del *welfare state* -la *Great Society* de Johnson- desde comienzos de la década de 1970 y su desmantelamiento durante la década de 1980 significa la clausura de todo un período del capitalismo estadounidense, un período abierto con la Gran Depresión del '29 por Roosevelt y el viejo liberalismo keynesiano. Ambos procesos parecen irreversibles y "luego de Reagan y Bush, los norteamericanos tiene la certeza de que no todos están invitados al banquete" ⁶.

La *reaganomics* significa el certificado de defunción para un período del capitalismo norteamericano, pero también para el bloque hegemónico que sustentaba dicho período -el *New Deal*. Clinton necesitará, entonces, construir un nuevo bloque hegemónico, en condiciones económico-sociales e ideológicas por demás adversas.

La nueva administración comienza a asumir esta bancarrota del *american dream*, que tuvo en la rebelión social y étnica de Los Angeles de mediados de 1992 unos de sus principales síntomas ⁷. Los valores ideológicos tradicionales de la sociedad estadounidense: el individualismo anglosajón del siglo pasado, la maximización de la ganancia y del consumo como testimonios del éxito individual, devinieron una especie de "yuppie's way of life" estrechamente ligada a la especulación de Wall Street. Si bien la instauración de estos valores como hegemónicos puede leerse como una victoria ideológica del período Reagan-Bush, chocan hoy con los valores ideológicos de otros modelos, más exitosos, de capitalismo. Por ejemplo, el modelo orgánico japonés, con grandes complejos privados productivo-financieros (*keiretsu*), intensa investigación tecnológica estatal y una profunda integración de la fuerza de trabajo, con fuerte sentimiento de pertenencia a la corporación a pesar de los bajos salarios; o el modelo contractual alemán de concertación entre capital y trabajo, intensa investigación estatal y altos salarios. Reich cifra precisamente en la falta de solidaridad interna el déficit de los EEUU respecto de Japón y Alemania. Aunque explicaciones como estas suelen ser meramente ideológicas, contienen -como toda ideología- un núcleo de verdad.

Las repercusiones del triunfo de Clinton en el gobierno argentino, que temerariamente

apostó hasta los últimos días de la contienda electoral al triunfo de Bush, resultan ahora más fácilmente explicables. La ciega adopción del modelo norteamericano por parte del menemismo (cifrada en unas ilusorias promesas de extensión del NAFTA “desde Alaska hasta Tierra del Fuego”) enfrenta, independientemente del triunfo demócrata, tres inconvenientes: a) constituye la adopción de un modelo puramente ideológico de adoración fetichista del mercado, que carecía ya con Reagan y Bush de referentes reales; b) desconoce los inmensos costos sociales que el modelo en cuestión acarreó para los EEUU; y c) desconoce, además, las inmensas diferencias entre las características económico-sociales de los EEUU y las características de las regiones periféricas de América Latina.

El gobierno argentino ha descartado de hecho otras políticas de inserción económica: recuérdense, en este sentido, su alineamiento con las posiciones de EEUU en materia de banderas marítimas, dentro del Mercosur. Sin embargo, esto no sólo acarrea consecuencias sociales significativas, sino que resulta una estrategia burguesa de difícil viabilidad: pues los requisitos económicos, sociales y aún geográficos de dicho alineamiento no pueden sostenerse “políticamente” mediante naves en el Golfo, presiones contra Cuba y otras formas de “relaciones carnales”.

Salvo en áreas restringidas (textiles y automotrices en México, por ejemplo) son los propios EEUU quienes demandan inversiones de manera creciente. Un gran flujo de capitales se dirigió desde 1982 hacia los EEUU, pasando de 28.100 millones en 1980 a 138.000 en 1987. “Una bomba de succión de capitales de todo el mundo”, con el cobro de intereses de la deuda y el mantenimiento de altas tasas de interés⁸.

Las actuales relaciones de la Argentina con los EEUU no parecen alterarse con el triunfo de Clinton. Por un lado, una verdadera integración económica resultaría dudosa debido a la profunda crisis económico-social norteamericana. Pero por otro lado, continuaría el alineamiento político debido a la necesidad norteamericana de mantener en vigencia su hegemonía militar-ideológica mundial. El desconcierto del entorno gubernamental se debe a que parten de una versión meramente ideológica del modelo norteamericano y no de las condiciones reales de integración.

La pregunta que queda planteada es ¿qué alternativa queda, para la burguesía argentina, de inserción de la Argentina en el mercado mundial? Más allá de las medidas de corto plazo adoptadas para mantener la estabilidad, parecería que no existen políticas viables de inserción a largo plazo. Las relaciones con los EEUU, en particular, no se alterarían con el triunfo demócrata y continuarían siendo, ni más ni menos, una mera subordinación económico-política.

MRL/AB Buenos Aires, abril 1993

Notas

1. Buster, G.: “*My name is Clinton, and I'm Funky!*”, en: “Inprecor”, Nro. 29, febrero de 1993, p.11 y ss.
2. Kramer, M.: *Playing out the end game*, en: “Time international”, Nro. 43, 26 de Octubre de 1992.
3. Clarín, 28-11-92, p. 12.
4. Clarín, 16-3-92, p. 12.
5. Boron, A.S./Godinez, V.M.: *Entre Roosevelt y Reagan: contenido y límites de la alternativa neoliberal*, en: CIDE. “Cuadernos Semestrales”, Nro.14, segundo semestre de 1983, p.47 y ss.
6. Clarín, 14-2-93, p. 23.
7. Buster, G.: *El sueño americano se convirtió en pesadilla*, en: “Inprecor”, Nº 22, junio de 1992, p.3 y ss.
8. Herrera, L.: *Economía mundial: ¿gordura o hinchazón?*, en: “Correo internacional”, Nro. 39, marzo de 1989, p. 2 y ss